

Solidaridad y desarrollo sostenible

PADRE LUIS UGALDE S.J.

Con frecuencia, en el tema de desarrollo sostenible tendemos a concentrarnos en aspectos materiales de las condiciones para lograrlo, como la calidad del ambiente físico, el ingreso per cápita, el valor de las exportaciones o el crecimiento del PIB. Sin duda, todos son condicionantes y componentes necesarios del desarrollo sostenible, *pero el factor decisivo es la persona humana* y lo que ella haga individual y colectivamente. La acción y los valores de las personas son las que producen el desarrollo y la calidad de vida. Somos las personas en sociedad las que construimos o destruimos los elementos que constituyen el desarrollo sostenible en el tiempo. Para ello es imprescindible el sentido de la solidaridad y las acciones e instituciones que permite construir.

I. En el pasado: Sumergidos en lo común

En siglos pasados la humanidad estaba dividida en unidades pequeñas, en aldeas, que poco se relacionaban con otras y que casi nada sabían del resto de la humanidad. Nosotros podemos ver esas unidades y preguntarnos por la sostenibilidad de la calidad de vida de cada pequeño conjunto humano. Como el resto de la humanidad no actuaba sobre ellos e incluso, con frecuencia, era ignorada su existencia, la autoridad de cada aldea podía hacerse la pregunta sobre el desarrollo sostenible de sí misma, inculcar los valores y exigir las acciones para sobrevivir: si uno contaminaba las aguas, quemaba el bosque, traía enfermedades o fomentaba violencia y conflictos en la aldea, era evidente que todos padecían los malos efectos. Por eso los miembros de una comunidad

vivían en control total. *No era separable el individuo de lo común al cual estaba subordinado.* Se veían con claridad las acciones de los individuos que atentaban contra el colectivo de esas decenas de familias. Esto no quiere decir que lo común buscara efectivamente el bien de todos por igual o la dignidad de cada uno; pensemos en los siervos, en los esclavos y en otras formas de negación y de subordinación en las que ellos eran piezas de un todo. El “bien común”, con frecuencia, eran los caprichos, intereses y guerras del rey, del señor feudal o de las clases privilegiadas.

En ese tipo de sociedad no es posible decir que cada uno consume y destruye la naturaleza como le da la gana individualmente. Si, por ejemplo, el agua es escasa, la autoridad de la aldea buscará y exigirá que cada uno racionalice su uso, e impondrá límites y sanciones a quienes la malgasten.

Por eso antes de toda definición conceptual, el bien común y la solidaridad son vividos como una realidad que se produce entre todos. El esfuerzo común busca el bien de todos los que están incluidos dentro de ese grupo que se entiende como “nosotros”. La solidaridad es inseparable de esta vivencia de lo común: los “otros” (de ese nosotros y sus necesidades) deben ser tomados en cuenta por cada uno, de lo contrario recibirá sanciones y agresión de parte de los demás. La autoridad, cualquiera que fuere su forma, velaba por el conjunto y establecía las normas y las contribuciones de los individuos al colectivo (que, como hemos dicho, normalmente no tenía nada de común en el sentido de bien para todos) y en consecuencia se estimulaba y se ordenaba una conducta solidaria.

Esta exigencia externa iba acompañada del fomento de *valores reforzadores de las convicciones internas* que alimentaban la solidaridad práctica. Las creencias religiosas, la cosmovisión, el sentido de la vida, la educación, la formación de los hábitos, buscaban hacer viables los sentimientos y las prácticas solidarias que relacionan el bien propio con el de los demás. De tal manera que, fuera de ese espacio cultural y vital de pertenencia, el individuo no se hallaba. La unidad operativa del “nosotros” era la aldea, con una cosmovisión única sin otras posibilidades.

Desde luego había sentidos de pertenencia más amplios a los que también se referían con diversas formas de “nosotros”, que incluía gente nunca vista y fuera de todo contacto físico a la que no llegaban las acciones, aunque pudieran estar incluidos en nuestras simpatías y empatías: por ejemplo, “nosotros” los

humanos, “nosotros” los blancos, “nosotros” los católicos o “nosotros” los deportistas. Son diversas formas de inclusión que conllevan alguna forma de solidaridad o al menos de empatía interna. Pero la *solidaridad operativa* estaba reducida a círculos menores condicionados por la tecnología que posibilitaba el intercambio económico, la comunicación y la acción propiamente política. Los otros, el “extragrupo”, incluso podían ser considerados como rivales, enemigos, o agresores, contra los cuales se fomentaba la indiferencia, la fobia, la agresión y la *insolidaridad*, según los casos.

Es cierto que había conflictos e intereses contrapuestos de individuos y grupos dentro del “nosotros”, y ellos tenían que ser resueltos por la subordinación total o por negociación; de lo contrario los conflictos y las guerras internas, o la falta de cooperación del grupo como tal, destruirían o debilitarían la sociedad y harían insostenible cierta calidad de vida necesaria y deseada.

Luego, con el desarrollo de los medios técnicos, el ámbito de la interacción económica se expandió a la ciudad, a la región, al estado nacional y a diversos ámbitos transnacionales, hasta llegar a lo que hoy llamamos la globalización. El desarrollo tecnológico (producción, transporte e información) ha ido ampliando el ámbito económico y humano operativo y generando la correspondiente interdependencia. *Cada vez que se amplía la unidad operativa, se crea el “nosotros” correspondiente y hay que desarrollar la solidaridad que la posibilite.*

El *sentimiento interior*, la *voluntad de solidaridad* y las *leyes e instituciones* que la exigen y sancionan en nombre del bien común, son la base indispensable para el desarrollo sostenible, la integración y la gobernabilidad de esa sociedad. Los individuos, de diversas maneras, contribuyen al sostenimiento y al desarrollo del espacio humano incluido dentro de ese espacio geográfico.

II. Solidaridad y novedades en el mundo actual

El desarrollo tecnológico y la dinámica económica han hecho que hoy la globalización sea un hecho y que las acciones de unos tengan repercusiones en la vida de los otros, no importa a cuantos miles de kilómetros vivan. El tipo de economía y la cultura concomitante que han permitido esto, no son ajenos a los resultados positivos y negativos. Tres son los aspectos que queremos recalcar:

- *La ampliación del espacio con interacción global desigual* entre grupos muy diversos, de manera que la aldea es el mundo.

- *La realización individual de cada uno con meta propia*, que se da con los cambios en la visión individual de la vida. Después de la Segunda Guerra Mundial con la descolonización surgen numerosos estados independientes con objetivos propios.

- *La dinámica económica capitalista y la ideología de individualismo posesivo*, con una economía cuyo problema principal ya no es cómo producir más, sino cómo vender lo que se produce sin límites. Para ello se planifican las ventas y se induce el consumo actuando sobre los deseos, valores e ilusiones de todas las personas; de esta manera sus aspiraciones entran a formar parte del negocio de la empresa.

La tecnología y la economía entrelazadas, han hecho realidad la interacción global de un mundo tremendamente desigual e inhumano y al mismo tiempo han minado –si no destruido– la solidaridad necesaria para hacerlo realmente humano y sostenible. Hoy el cuidado del medio ambiente (con problemas como el de la capa de ozono, la tierra, la preservación de bosques, aguas, especies y animales...), y de los recursos productivos, exige un compromiso mundial. La actual dinámica militarista y armamentista (de la que se benefician los países más ricos) es antihumana. No menos urgente es una nueva visión económica globalizada en la que los factores de producción y la riqueza producida se combinen de manera distinta a la actual, pues no es sostenible un mundo (hoy aldea mundial) en el que el 20% controla el 80% del Producto Interno Bruto (PIB) y el ingreso del 20% de arriba es 37 veces el de los de abajo y donde más de 1.000 millones sobreviven con menos de un dólar al día.

Sin embargo, la ideología que la acompaña fomenta una cultura en la que cada uno busque lo suyo. Esto se transmite *de facto* y se legitima con la ideología “de la mano invisible” y la armonía deísta, que cree en un ordenamiento preestablecido por el Gran Arquitecto del Universo, según el cual la suma de búsquedas individuales de éxito económico produciría en definitiva el éxito de todos. El mercado sería el mecanismo de comunicación e intercambio. El individualismo de todos, sin necesidad de pretenderlo, contribuiría al bien de todos. En resumen: el “individualismo posesivo” predominante sería la clave del desarrollo y el mercado generalizado el transmisor del bienestar.

Parece evidente que el mercado es necesario, pero solo no basta. La realidad contradice esta fábula. Es difícil aceptar esta ideologización cuando más de la mitad de la humanidad es excluida y no tiene posibilidades de participar

en el mercado convencional. Para ello en primer lugar tendrían que entrar como productores y ahí, en el empleo, es donde se produce la principal exclusión de la que derivan las otras.

La dinámica económica, con la actual abundancia en la producción, trata de planificar las ventas e inducir a la población a comprar lo que se quiere vender, actuando sobre las motivaciones, deseos y, en definitiva, sobre la demanda de la gente. De hecho la propaganda termina exacerbando el consumismo y configurando una subcultura de reflejos condicionados y de valores inducidos de carácter profundamente economicista e individualista. Además, si el actual modelo de consumismo de las sociedades opulentas se implantara efectivamente en todo el mundo, la naturaleza sería destruida hasta el extremo de hacerla invivible, agotando recursos básicos, sin los cuales no es posible la vida.

Sin embargo, aún en la posición más liberal e individualista, se consideran necesarios cierta institucionalidad y reglas de juego comunes, aceptadas y respetadas por todos. La economía capitalista sólo funciona exitosamente en las sociedades con fuerte y adecuada institucionalidad. Esas instituciones, normas y leyes, obedecen a unos presupuestos y convicciones de solidaridad, independientemente de que se expliciten o no. Pero la práctica del economicismo individualista los va minando sistemáticamente por la subcultura que produce.

Es en este punto donde debemos plantear la absoluta necesidad de desarrollar la solidaridad, local, nacional e internacionalmente, para que el desarrollo sostenible sea posible. Las sociedades y el mundo necesitan solidaridad, sentido de bien común, instituciones, leyes y cosmovisión, que permitan su desarrollo sustentable local y mundial, y ésta no deriva espontáneamente de la dinámica económica dominante que fomenta la unidimensionalidad, como si la única relación válida con los otros fuera el mercado o la compra-venta de intereses.

Sin embargo, el sentimiento de solidaridad, lo mismo que la *gratuidad*, son realidades antropológicas innegables e irreductibles al puro interés: la vida es un don, la recibimos gratuitamente y la desarrollamos humanamente en la medida en que la damos a otros gratuitamente; la *gratuidad*, antes que un deber ser, es un dato de identidad humana que, desde luego, se vive como valor que invita a su desarrollo responsable. Toda consideración ética se sustenta sobre esta base arraigada en la condición humana.

Este dato antropológico los cristianos lo confirmamos, explicitamos y alimentamos religiosamente: Jesús nos dice (y lo testimonia dando su propia vida por todos) que quien da la vida por amor, la gana aun cuando parezca que la pierde, como el grano de maíz que se entrega a la tierra y muere para resurgir en una mazorca, que lo renueva y multiplica.

Estamos hablando de la identidad del cristianismo (que no es exclusiva; pues otras religiones también alimentan el amor y la solidaridad), en cuanto revelador de la identidad humana.

Nunca será posible el desarrollo sostenible democrático y equitativo sin la solidaridad, la institucionalidad y la cultura solidaria, ordenadas al bien común y sin que éste incluya el bien particular de quienes están comprendidos en ese "nosotros". Si, de manera duradera, una parte del "nosotros" es excluida y no recibe beneficios ni seguridad por su pertenencia al pacto social, entrará en conflicto haciendo peligrar la paz, gobernabilidad y sostenibilidad del grupo, cualquiera que éste sea.

Ahora, entrados al siglo XXI, tenemos, desde el punto de vista que venimos presentando, dos grandes problemas para la solidaridad y el desarrollo sostenible, uno a nivel nacional y otro a nivel global.

1 - En el ámbito nacional

La exacerbación y el dominio del mercado fomentan el individualismo y minan sistemáticamente la solidaridad, la institucionalidad, ordenada al bien común y, en último término, el sentido de lo público, la "re-pública", la cosa pública. De ahí el conflicto agónico y la destrucción si no se contrarresta la insolidaridad como cultura dominante.

En consecuencia urge el explícito desarrollo de mecanismos sociales e institucionales de solidaridad y la motivación interna hacia ella, los valores y la educación para la solidaridad. De más está decir que ambos (los valores subjetivos y las instituciones objetivas) son inseparables y se sostienen y alimentan mutuamente. Esto tiene múltiples aplicaciones a la actual situación de nuestro país con pobreza creciente y serios problemas de gobernabilidad.

Las metas de la sostenibilidad del desarrollo en Venezuela deben plantearse y asumirse colectivamente como bien común y ser internalizadas por cada uno, entendiéndolo y sintiéndolo que el bien común de Venezuela es el bien propio de cada uno. Ésta es la base del aprecio y cuidado del cumplimiento de las leyes,

como lo es también la sustancia de la educación familiar y escolar y la práctica de la responsabilidad pública.

De manera análoga se aplica al mundo empresarial y a las relaciones laborales: No es posible el *desarrollo sostenible de la empresa* si todos los factores de producción no consideran el éxito de ella como “bien común”. Pero para considerarlo hay que experimentarlo. En consecuencia, es imposible ser buen colaborador del bien común de la empresa si el capital y la autoridad de la misma no toman como suyo el bien de los trabajadores.

Para el desarrollo sostenible, es clave la *solidaridad intergeneracional* porque la palabra *sostenible* se refiere a sostenible y duradero *en el tiempo*; cuidamos y desarrollamos la sociedad con su *hábitat* para los niños de mañana y formamos a las nuevas generaciones para que produzcan desarrollo y cuiden la naturaleza, y la calidad de la vida para sus hijos y los hijos de sus hijos.

2 - En la dimensión Internacional

Hay cuatro aspectos cualitativamente novedosos:

1) La ampliación del espacio de interacción, que *se globaliza con una interacción desigual entre grupos muy asimétricos*.

2) Los *individuos buscan su realización individual y tienen metas propias*; así mismo las *naciones*, la mayoría de las cuales ha logrado la independencia en los últimos sesenta años con el proceso de descolonización; antes eran apéndices de las metas de las potencias coloniales y ahora buscan un lugar propio, con intereses y objetivos propios.

3) *Ideología y dinámica económica ideologizada*. Individualismo posesivo con una economía cuyo problema principal no es producir sino vender; lo que lleva a planificar las ventas y a actuar sobre los consumidores operando sobre sus deseos personales con una gigantesca propaganda que penetra toda la vida distorsionando rasgos antropológicos fundamentales para entronizar el *homo consumens*. La ideología transmite la falsa idea de que el individualismo posesivo y el mercado libre producen el bien común sin más. Pero los hechos demuestran otra cosa. Por otra parte el problema dominante no es producir más sino vender más y las empresas desarrollan toda una industria para inducir a los consumidores a comprar. La nueva unidad global con sólo fuerzas de mercado, acentúa la pobreza y los conflictos e impone la ley del más fuerte. Necesita ser

equilibrada y modificada por la autoridad e institucionalidad global, cuyo objetivo es el bien común universal.

4) La gran novedad en este siglo es que *lo local y lo nacional están entrelazados con lo internacional*. Hoy la aldea es el mundo y la tecnología ha revolucionado de tal manera el transporte, las comunicaciones y la información y combinación de los factores de producción, que “nosotros” somos todos, la humanidad entera; vecino y próximo (prójimo) es todo humano, no importa cuál sea su distancia, su raza, su religión o su diversidad cultural.

La economía está entrelazada y los factores de producción se combinan superando las distancias y diversidades culturales. Somos productores del mundo y estamos en el mercado global. Este nuevo “nosotros”-operativo, no sólo conceptual- donde realmente interactuamos, necesita desarrollar sistemáticamente la solidaridad efectiva, con el concepto de *bien común mundial*, con su *correspondiente autoridad y desarrollo institucional y fiscal*, muy distinto de la ley del más fuerte que hoy prevalece.

En esta realidad globalizante necesitamos una nueva cultura y una nueva vivencia de la religiosidad que explicita, inspire y desarrolle la antropología que nos hace responsables unos de otros, distinta, precisamente, de aquella simbolizada en Caín que, interpelado por Dios sobre el asesinato de Abel, exclama: “Acaso yo soy el guardián de mi hermano” (Cfr. Génesis 4,9). Pues sí, somos guardianes incluso del último humano en el más remoto y distinto rincón del mundo. Es la *conditio sine qua non* de la ética y de la sostenibilidad humana global.

Así como decíamos que a nivel nacional el desarrollo de cierta cultura economicista amenaza con destruir la *solidaridad que se construyó con grandes esfuerzos*, a nivel mundial tiende a impedir crear esa solidaridad y la necesaria *autoridad mundial efectiva con reconocimiento moral* como gestor del bien común y la *institucionalidad internacional* necesaria para el desarrollo sostenible de la humanidad.

La agenda para lograrlo es amplia y comprende políticas para cuidar recursos naturales diversos e indispensables como el agua, los bosques, la atmósfera, la capa de ozono, la paz, la guerra, la reducción del armamentismo, el capital, la tecnología, las oportunidades de empleo, el desarrollo del talento humano, la información compartida *todo orientado a que la vida de todos sea posible con dignidad*.

Para ello tenemos que desarrollar de manera sistemática la solidaridad internacional, la gratuidad entre los pueblos (además del mercado), el aprecio de la diversidad cultural, el trasvase de recursos más allá de lo que se hace con estricto sentido del negocio en el mercado.

Entre individualismo y solidaridad no estamos hablando de realidades excluyentes, sino complementarias. La humanidad no puede volar sólo con un ala.

La existencia de verdadera autoridad y bien común mundial (lejos todavía de ser realidad), harán que la ley del más fuerte y la imposición de sus intereses, no sea la última palabra, ni en economía, ni en la política mundial. De lo contrario no será posible el desarrollo sostenible de la humanidad como un todo.

En este mismo sentido la *unipolaridad*, que pone a todos los países a girar en torno a los intereses del más fuerte, *debe dar paso a la multipolaridad* que toma en cuenta y negocia los intereses de todos los pueblos. La multipolaridad no implica enfrentamiento de guerra, sino negociación que hace valer y respeta los intereses de cada parte y afirma sus oportunidades.

Si la racionalidad humana no se orienta pacíficamente a estas nuevas formas de globalización, años de guerras y matanzas obligarán a ello para recuperar la paz y seguridad perdidas.

3 - Aspectos de la Solidaridad para el Desarrollo Sostenible

En resumen, trabajar por el Desarrollo Sostenible significa avanzar en:

- 1) La solidaridad intergeneracional (con los que vivirán mañana).
- 2) La solidaridad internacional más allá de las fronteras nacionales. La tarea de cuidar la tierra entera, su atmósfera, su capa de ozono, sus aguas, temperatura, recursos, va mucho más allá de las fronteras.
- 3) *La solidaridad con cultura e institucionalidad fiscal* dentro del país, con clara conciencia de que con ella se busca equilibrio y oportunidad para los que por sí mismo no la tendrían (educación, salud) y para el cuidado y desarrollo de la casa común (carreteras, obras hidráulicas, electricidad, seguridad y justicia).
- 4) *La solidaridad* que apuesta con todas las fuerzas *al rescate de la mayoría pobre del país*, ofreciéndole *oportunidades* para que ellos desarrollen sus talentos y potencialidades ciudadanas y productivas, y así logren un espacio para su dignidad.

5) *La solidaridad con desarrollo institucional común*, con reglas y leyes compartidas y con voluntad personal para cumplirlas.

6) *La solidaridad* que significa además *comunicación humana y cultural voluntaria*, gratuita a veces y retribuida otras, conforma un tejido social que se interrelaciona y fortalece.

7) *Solidaridad* con rescate de lo *público* y sentido y acatamiento de la autoridad, por su entrega al bien común, y no desviada para servir a interés particulares.

Si esto no se da, la nación se empobrece, se estanca la economía, aumenta la violencia social y las luchas de intereses, se dificultan la inversión y la dinámica productiva, hasta llegar al círculo vicioso donde prevalece la ingobernabilidad, la represión y la miseria. Sin solidaridad vivida de manera que todos perciban sus beneficios, no tiene sentido, ni tendrá éxito, pedir que el pobre no deprede la naturaleza, que la empresa no contamine con sus desechos o que una generación trabaje para preparar un mejor ambiente y posibilidades para la siguiente. Es decir, el desarrollo será insostenible.

Estos siete aspectos de la solidaridad tienen su dimensión nacional e internacional.

En lo *nacional* se trata de rescatar un sentido de solidaridad que en parte se inculcó durante muchas décadas a toda la sociedad desde la escuela básica.

En lo *internacional* se requiere más bien crear un sentido nuevo de bien y de utilidad común a toda la humanidad –que no se tiene– y desarrollar la institucionalidad correspondiente.

El sentido de solidaridad requiere nuevas formas concretas de acción a escala mundial con autoridad, institucionalidad, fiscalidad y trasvases productivos, junto con una cultura que busque la unidad y el aprecio en la pluralidad de los pueblos y diversidad de sus culturas. En este aspecto cultural hay un cambio adicional, puesto que la unidad de la aldea tradicional se producía con cultura única y uniforme y en cierto grado también en la nación (por ejemplo en todos los países la unidad nacional exigía e imponía la unidad religiosa y confesionalidad oficial) y hoy se requiere la *solidaridad en pluralidad de culturas e identidades diferentes*.

No es el objeto de esta conferencia bajar al detalle de los puntos en los que se debe concretar la solidaridad internacional promovida por los estados, las sociedades, las iglesias y los movimientos solidarios de diversa índole. Este desarrollo implica una nueva cultura, nueva ética y voluntariedad, pero también leyes, decisiones económicas, recursos impositivos para cuidar la casa común y para brindar oportunidades de desarrollo a más de media humanidad que hoy no las tiene.

4 - La Universidad como Escuela de Solidaridad.

Finalmente, conviene recordar que la Universidad por su propia identidad debe ser escuela de solidaridad. Si es católica, esta responsabilidad es doble y se forma combinando las ideas con la práctica solidaria.

Ciudad Guayana, noviembre de 2001.